ESBOZO DE UNA NUEVA TEORÍA SOBRE EL ALMA HUMANA   JOAQUIM MACHADO DE ASSIS





Joaquim Machado de Assis



JOAQUIM MACHADO DE ASSIS

ESBOZO DE UNA NUEVA TEORÍA SOBRE EL ALMA HUMANA

Selección de cuentos



Joaquim Machado de Assis

Nació en Río de Janeiro, Brasil, el 21 de junio de 1839. Fue poeta, escritor de cuentos y novelas, crítico literario y cronista. Destaca por ser reconocido como el fundador de la literatura brasileña.

Inicia su carrera como periodista y a los quince años publica su primer poema titulado «Ela» en la revista *Marmota Fluminense*. En 1864 presenta *Crisálidas*, su primer libro de poesía, y posteriormente publica diversos poemarios, libros de cuentos, piezas teatrales y crónicas, como el poemario *Falenas* (1870), los libros de narrativa *Cuentos fluminenses* (1870), *Historias de media noche* (1873), entre otros. Su primera novela, *Resurrección* (1872), es una obra convencional, aunque ya se percibe en esta uno de los principales rasgos de Machado como novelista: la penetración sicológica. Con la publicación del libro *Memorias póstumas de Blas Cuba* (1881), el autor marca el inicio del realismo literario en Brasil. Funda la Academia Brasileña de las Letras en 1897 y en 1900 publica su celebrada novela *Don Casmurro*.

Fallece en su ciudad natal, el 29 de setiembre de 1908.

Esbozo de una nueva teoría sobre el alma humana. Selección de cuentos
Joaquim Machado de Assis

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: María Grecia Rivera Carmona
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

EL ESPEJO

ESBOZO DE UNA NUEVA TEORÍA SOBRE EL ALMA HUMANA

Cuatro o cinco caballeros debatían, una noche, varias cuestiones de alta trascendencia sin que la disparidad de opiniones trajese la menor alteración a los espíritus. La casa quedaba en el cerro de Santa Teresa, la sala era pequeña, alumbrada con velas cuya luz se fundía misteriosamente con la claridad lunar que llegaba de afuera. Entre la ciudad, con sus agitaciones y aventuras, y el cielo, donde las estrellas titilaban en una atmósfera límpida y tranquila, se hallaban nuestros cuatro o cinco investigadores de asuntos metafísicos resolviendo amigablemente los más arduos problemas del universo.

¿Por qué cuatro o cinco? En rigor, eran cuatro los que hablaban; pero, además de ellos, había también en la habitación un quinto personaje, callado, pensativo, a ratos somnoliento, cuya participación en el debate se limitaba a uno que otro murmullo de aprobación. Tenía la misma edad que sus compañeros, entre cuarenta y cincuenta años; era de origen provinciano, dueño de regular fortuna, inteligente, no sin instrucción, y, por lo que parece, astuto y cáustico. No discutía nunca; y justificaba esa actitud con una paradoja, diciendo que la discusión era la forma sofisticada del instinto agresivo que late en el hombre como una herencia bestial; y agregaba que los

serafines y los querubines jamás polemizaban y eran sin duda la más perfecta imagen de perfección espiritual y eterna. Como dijese lo mismo aquella noche, uno de los presentes se mostró en desacuerdo y lo desafió a probar su afirmación, si era capaz de hacerlo. Jacobina (ese era su nombre) reflexionó un instante y respondió:

—Pensándolo bien, tal vez usted tenga razón.

Y sucedió así que, a mitad de la noche, el introvertido personaje tomó el uso de la palabra, y no por dos o tres minutos, sino por más de treinta o cuarenta. A través de los giros de la conversación se había llegado al tema de la naturaleza del alma, punto que dividió radicalmente las opiniones de los cuatro amigos. Cada uno sentenciaba algo diferente; no solo un posible acuerdo, sino el diálogo en sí se tornó casi imposible por la variedad de cuestiones en que fue ramificándose el tema principal; también en parte, tal vez, por la inconsistencia de los pareceres; uno de los argumentadores pidió a Jacobina alguna opinión —una conjetura, al menos—.

—Ni conjetura ni opinión —respondió este—; una u otra puede dar lugar a divergencias, y, como bien saben ustedes, yo no discuto. Ahora, si aceptan guardar silencio,

puedo contarles un episodio de mi propia vida, del cual surge la más clara demostración del asunto que se debate. En primer lugar, no hay una sola alma, hay dos...

—¿Dos?

—Ni una menos. Cada criatura humana tiene dos almas: una que mira desde adentro hacia afuera, otra que mira de fuera hacia adentro... Espántense si quieren; pueden sentirse asombrados o encogerse de hombros a su gusto. Pero no me interrumpan; si alguien llega a interrumpirme, termino mi cigarro y me voy a dormir. El alma exterior puede ser un espíritu, un fluido, un hombre, muchos hombres, un objeto, un acto. Hay ocasiones, por ejemplo, en que un simple botón de camisa es el alma exterior de una persona; y de igual modo la polca, el tresillo, un libro, una máquina, un par de botas, una cavatina, un tambor, etcétera. Está claro que el oficio de esa segunda alma es transmitir vida, al igual que la primera; las dos completan al hombre, que es, metafísicamente hablando, una naranja. Aquel que pierde una de las dos mitades, pierde naturalmente media existencia; y hay más de un caso en que la pérdida del alma exterior supone la existencia entera. Shylock1,

por ejemplo: el alma exterior de aquel judío eran sus ducados: perderlos equivalía a morir. «Nunca más veré mi oro», dice él a Tubal, «es un puñal que me entierras en el corazón». Observen bien la frase; la pérdida de los ducados, alma exterior, era para él la muerte misma. Ahora bien, es preciso advertir que el alma exterior no se mantiene siempre igual...

—¿No?

—No, señor. Cambia de naturaleza y de estado. No aludo a ciertas almas absorbentes, como la patria, con la cual decía Camoens que moría, o el poder, que fue el alma exterior de César y de Cromwell. Son estas almas enérgicas y exclusivas, pero hay otras, si bien también enérgicas, de naturaleza mudable. Existen caballeros, por ejemplo, cuya alma exterior en la infancia fue un trompo o un caballito de palo, y más tarde una jefatura de cofradía, pongamos por caso. Sé de una señora —gentilísima, en verdad— que cambia de alma exterior cinco o seis veces al año. Durante la temporada lírica es la ópera; al término de la temporada, el alma exterior se convierte en otra: un concierto, un baile del Casino, la Calle del Oidor, Petrópolis...

—Perdón; ¿quién es esa señora?

—Esa señora es parienta del diablo y tiene su mismo nombre. Se llama Legión... Y bien, hay muchos casos similares a este. Yo mismo he experimentado tales cambios. No hablo de ellos porque me extendería demasiado; quiero limitarme al episodio que ahora mencioné. Sucedió cuando tenía veinticinco años...

Los cuatro compañeros, ansiosos de escuchar el relato anunciado, se olvidaron de la controversia. ¡Santa curiosidad! No solo eres el alma de la civilización, eres también la manzana de la concordia, fruta divina, bien distinta de aquella otra manzana mitológica. La habitación, hasta hace un momento retumbando de físicas y metafísicas, es ahora un mar muerto; todos los ojos están fijos en Jacobina, quien prepara la punta de su cigarro mientras reagrupa los recuerdos. He aquí pues cómo comenzó la narración:

—Tenía veinticinco años, era pobre y acababa de ser nombrado alférez de la guardia nacional. No puedo describir la alegría que despertó en casa ese nombramiento. ¡Mi madre estaba tan orgullosa! ¡Tan feliz! Me decía su alférez. Todos los parientes, primos y tíos, estaban

contentos y complacidos. En el pueblo donde vivíamos, hay que decirlo, hubo algunos envidiosos; llantos y crujir de dientes, como en la Biblia. Y el motivo no era otro distinto al creciente número de aspirantes a aquel puesto. Supongo también que parte del resentimiento fue completamente gratuito: nació de la distinción en sí misma. Recuerdo que más de un amigo me miró de mal modo durante algún tiempo. En compensación, hubo muchas personas que se alegraron con el nombramiento; prueba de ello es que todas las prendas del uniforme me fueron obsequiadas por amigos... A todas esas supe que una de mis tías, doña Marcolina, viuda del capitán Pezanha que vivía distante del pueblo, en una granja apartada y solitaria, deseaba verme, me pedía que fuese a visitarla y llevase el uniforme. Fui acompañado de un paje que debió regresar solo al pueblo, pues la tía, apenas me vio en su casa, escribió a mi madre diciéndole que no me dejaría partir antes de un mes por lo menos. ¡Y cómo me abrazaba! Me llamaba también su alférez. Decía que yo era un verdadero buen mozo. Como era un tanto bromista, llegó a confesarme que sentía envidia de mi futura esposa. Juraba que en toda la provincia no había otro mejor que yo. Y a cada instante alférez: alférez para acá, alférez para allá, alférez a toda hora. Yo le pedía

que me llamase Juanito, como siempre; y ella movía la cabeza exclamando que no, que yo era ahora «el señor alférez». Un cuñado suyo, hermano del difunto Pezanha, que vivía con ella, tampoco me nombraba de otro modo. Era «el señor alférez», no por broma, sino muy en serio; y en presencia de los esclavos, que naturalmente empezaron a darme el mismo tratamiento. El mejor sitio en la mesa era para mí, y se me servía antes que a todos. No pueden ustedes imaginarse aquello. Si les contara que el entusiasmo de la tía Marcolina llegó al punto de mandar instalar en mi cuarto un gran espejo, objeto rico y magnífico que discordaba con el resto de la casa, cuyo mobiliario era modesto y sencillo... Era un espejo que le había regalado la madrina, y que esta había heredado de la madre, quien a su vez lo había comprado a una de las damas venidas en 1808 con la corte de Don João VI. No sé cuán cierto sería aquello, pero la historia hacía parte de la tradición de la familia. El espejo, como es de suponer, dejaba ver sus muchos años, pero conservaba el oro, roído a trechos por el tiempo, unos delfines tallados en los ángulos superiores de la moldura, unas aplicaciones de madreperla y otros caprichos del artista. Todo viejo, pero noble...

—¿Era un espejo grande?

—Grande. Y el gesto era de verdad una enorme gentileza porque el espejo estaba antes en el salón principal; era el objeto más preciado de la casa. Con todo y eso, no hubo modo de hacer desistir a mi tía de su propósito; respondía que el espejo no prestaba ningún servicio donde estaba, que era solo por algunas semanas, y finalmente que «el señor alférez» merecía eso y mucho más. Lo cierto del caso es que todas esas atenciones, cariños, obsequios, produjeron en mí una transformación; transformación que los sentimientos propios de la juventud contribuyeron a desarrollar y completar. ¿Comprenden lo que digo?

—La verdad...

—El alférez sustituyó al hombre. Por algún tiempo las dos naturalezas estuvieron en equilibrio, pero muy pronto la primera cedió paso a la otra: solo quedó en mí una parte mínima del hombre. Sucedió entonces que el alma exterior, que antes de aquello era el sol, el aire, el campo, los ojos de las muchachas, cambió de naturaleza y pasó a ser la cortesía y las adulaciones de la casa, todo lo que hablaba del cargo y nada de lo que me hablaba del

hombre. La única parte de ciudadano que quedó en mí fue aquella que se relacionaba con el nombramiento; el resto se dispersó en el aire y en el pasado. Sé que es difícil de creer, ¿verdad?

—Hasta es difícil de entender —respondió uno de los oyentes.

—Ya lo entenderán. Los hechos darán luz a los sentimientos, los hechos lo son todo. La mejor definición del amor no vale lo que un solo beso de la mujer amada, y, si no recuerdo mal, un filósofo explicó caminando la noción del movimiento. Vamos pues a los hechos. Miren cómo, al mismo tiempo que la conciencia del hombre se apagaba, la del alférez se hacía viva e intensa. Los dolores y las alegrías humanas apenas si merecían de mí una compasión apática o una sonrisa de circunstancias. Al cabo de tres semanas, era otro, totalmente otro. Era exclusivamente alférez. Pues bien, un día recibió la tía Marcolina una noticia grave; una de sus hijas, casada con un agricultor residente a cinco leguas de allí, estaba al borde de la muerte. ¡Adiós, sobrino! ¡Adiós, Alférez! Era una madre dedicada, decidió viajar de inmediato, pidió al cuñado que fuese con ella y a mí que me hiciese cargo de

la granja. Supongo que, de no haber sido por la aflicción que la dominaba, hubiese dispuesto lo contrario: dejar al cuñado y viajar conmigo. Lo cierto es que quedé solo, con los pocos esclavos de la casa. Confieso que sentí una gran opresión, algo así como la sensación de estar encarcelado entre cuatro paredes, súbitamente erguidas en torno a mí. Era el alma exterior, que se encogía, reducida ahora a algunos espíritus obscuros. El alférez seguía dominando en mí, aunque la vida fuese menos intensa y la conciencia más débil. Los esclavos ponían un toque de humildad en sus cortesías, que de cierto modo sustituía el afecto de los parientes y la intimidad doméstica interrumpida. Advertí incluso que ya esa misma noche redoblaban sus respetos y atenciones para conmigo. Amito alférez a cada momento. Amito alférez es muy elegante, amito alférez va a llegar a coronel, amito alférez se casará con la hermosa hija de un general. Un concierto de alabanzas y profecías que me dejó pasmado. ¡Ah, pérfidos!, mal podía sospechar la intención secreta de aquellos malvados.

—¿Matarlo?

—Ojalá fuera eso.

—¿Algo peor?

—Escuchen. A la mañana siguiente me encontré solo. Los bellacos, seducidos por otros o por su propio riesgo, habían resuelto huir durante la noche; y así lo hicieron. Me encontré solo, sin nadie a mi lado, entre cuatro paredes, frente a un campo vacío y unos cultivos abandonados. Ningún aliento humano. Recorrí toda la casa, la senzala, las cercanías; nada, nadie, ni siquiera algún crío olvidado. Tan solo las gallinas y los gallos, un par de mulas que filosofaban espantando las moscas, y tres bueyes. Hasta los perros habían sido hurtados por los esclavos. Ningún ser humano. ¿Les parece que esto era mejor que haber muerto? Era peor. No porque sintiera miedo; juro que no era así. No me faltaba osadía, la suficiente al menos para no sentir nada durante las primeras horas. Sentía pena por el daño causado a la tía Marcolina; también me encontraba algo perplejo y no alcanzaba a decidir si debía ir en su busca para darle la triste noticia o quedarme haciéndome cargo de la casa. Opté por lo segundo, para no desamparar el lugar y porque dar a mi tía la noticia en esas horas tan difíciles para ella, solamente serviría para aumentar su dolor de madre, sin objeto alguno. Esperé pues el regreso del

cuñado, que debía producirse ese día o el siguiente, dado que habían salido hacía ya treinta y seis horas. Pero la mañana transcurrió sin rastro suyo, y a la tarde empecé a sentirme como alguien que ha perdido toda sensibilidad y toda conciencia de movimiento. El hermano del tío Pezanha no regresó aquel día, ni el otro, ni en toda la semana. Mi soledad adquirió proporciones enormes. Nunca hubo días más largos, nunca el sol abrasó la tierra con más terca obstinación. Las horas sonaban de siglo en siglo, en el viejo reloj del salón cuyo péndulo, tictac, tictac, me hería el alma interior, como un capirotazo continuo de eternidad. Cuando mucho después leí una poesía americana, creo que de Longfellow, y me encontré el famoso estribillo: «*¡Never, for ever!¡For ever, never!*», les confieso que sentí un escalofrío al evocar aquellos días terribles. Era exactamente aquello lo que decía el reloj de mi tía Marcolina: «*¡Never, for ever! ¡For ever, never!*». No eran golpes de péndulo, era un diálogo del abismo, un susurro de la nada. ¡Y por si fuera poco, era de noche! No quiero decir que la noche fuera más silenciosa. El silencio era igual en el día. Pero la noche era la sombra, era la soledad aún más estrecha o más ancha. Tictac, tictac. Ni un alma en los salones, en el balcón, en los corredores, en los campos, ni un alma en lugar alguno... ¿Se ríen?

—Sí, parece que había algo de miedo...

—¡Ah, no! ¡Ojalá se tratara de miedo! Hubiera sido un modo de sentirme vivo. Pero lo característico de aquella situación era que ni siquiera podía sentir miedo, al menos el miedo como se entiende vulgarmente. Tenía una sensación inexplicable. Como si fuera un muerto que anda, un sonámbulo, un muñeco de cuerda. Cuando dormía, era distinto. El sueño me traía alivio, no por aquello que se dice de que es el hermano de la muerte, sino por otra razón. Creo que puedo explicarlo de este modo: el sueño, eliminando la necesidad de un alma exterior, permitía la irrupción del alma interior. En sueños me vestía con orgullo el uniforme, rodeado de parientes y amigos que me elogiaban el porte, y me llamaban alférez; venía un amigo de nuestra casa y me prometía un grado de teniente; luego otro el de capitán o de mayor; y todo aquello me hacía sentir vivo. Pero al despertar, ya con la luz del día, se esfumaba junto con el sueño la conciencia de ser nuevo y único, porque el alma interior perdía su obrar exclusivo, y quedaba dependiendo de la otra, que se obstinaba en no regresar... Y no regresaba. Yo salía por ahí, a cualquier sitio, tratando de percibir alguna señal de regreso. *¿Soeur Anne*, *soeur Anne*, *ne vois-tu rien*

venir? Nada, nada en absoluto; tal como dice la leyenda francesa. Apenas el polvo del camino y el pastizal de los cerros. Regresaba a la casa, nervioso, desesperado, me tiraba en el canapé de la sala. Tictac, tictac. Volvía a levantarme, paseaba, tamborileaba en los vidrios de las ventanas, silbaba. Alguna vez intenté el recurso de escribir algo, sobre cualquier tema, un artículo político, una novela, un poema; no elegí nada en concreto; me senté y tracé en el papel algunas palabras y frases sueltas, tratando de encontrar un estilo. Pero el estilo, como la tía Marcolina, no llegaba. *Soeur Anne*; *Soeur Anne*... Nada de nada. Lo único que conseguía era mirar el negro de la tinta y la blancura del papel.

—¿Y no comía?

—Comía mal, frutas, harina, conservas, algunas raíces asadas al fuego; pero nada de esto me hubiera importado de no existir la terrible situación moral que me oprimía. Recitaba versos, discursos, pasajes latinos, liras de Gonzaga, octavas de Camoens, décimas, una antología en treinta volúmenes. A veces hacía gimnasia; otras me pellizcaba las piernas; pero todo lo que conseguía era una sensación física de dolor o cansancio, y nada más. Solo

había silencio, un silencio vasto, enorme, infinito, apenas subrayado por el eterno tictac del péndulo. Tic, tac, tic, tac...

—En verdad era como para volverse loco.

—No han oído lo peor. Debo decir que, desde el momento en que me vi solo, no había vuelto a mirar el espejo. No lo hacía con deliberación, no tenía motivo para ello. Era un impulso inconsciente, un temor de verme uno y doble, al mismo tiempo, en aquella casa solitaria; y si tal explicación es verdadera, no existiría prueba más clara de la contradicción humana: pues al cabo de ocho días me entró el deseo de mirarme al espejo, justamente para verme doble. Miré y retrocedí. El propio vidrio parecía haberse conjurado con el resto del universo; no reflejaba la figura nítida y entera, sino apenas vaga, esfumada, difusa, sombra de sombra. La realidad de las leyes físicas me impide negar el hecho de que el espejo, sin duda, me reproducía fielmente, con todos los contornos y rasgos; así debió haber sido. Pero no fue esa mi sensación. Tuve miedo; atribuí el fenómeno a la excitación nerviosa en que me hallaba; temí volverme loco si permanecía allí más tiempo. «Me largo de aquí»,

murmuré. Y levanté el brazo con un gesto de mal humor y a la vez de decisión, mirando hacia el espejo; allí estaba el gesto, sí, pero disperso, deshilado, mutilado... Comencé a vestirme, mascullando en voz baja, tosiendo sin ganas de toser, sacudiendo la ropa con estrépito, haciéndome un lío con los botones, para decirlo de algún modo. De vez en cuando echaba un vistazo furtivo al espejo; la imagen seguía siendo aquella difusión de líneas, aquella descomposición de contornos... Seguí vistiéndome. De súbito, llevado de una inspiración inexplicable, de un impulso gratuito, se me ocurrió... Apuesto a que no lo adivinan ustedes...

—Dígalo por favor.

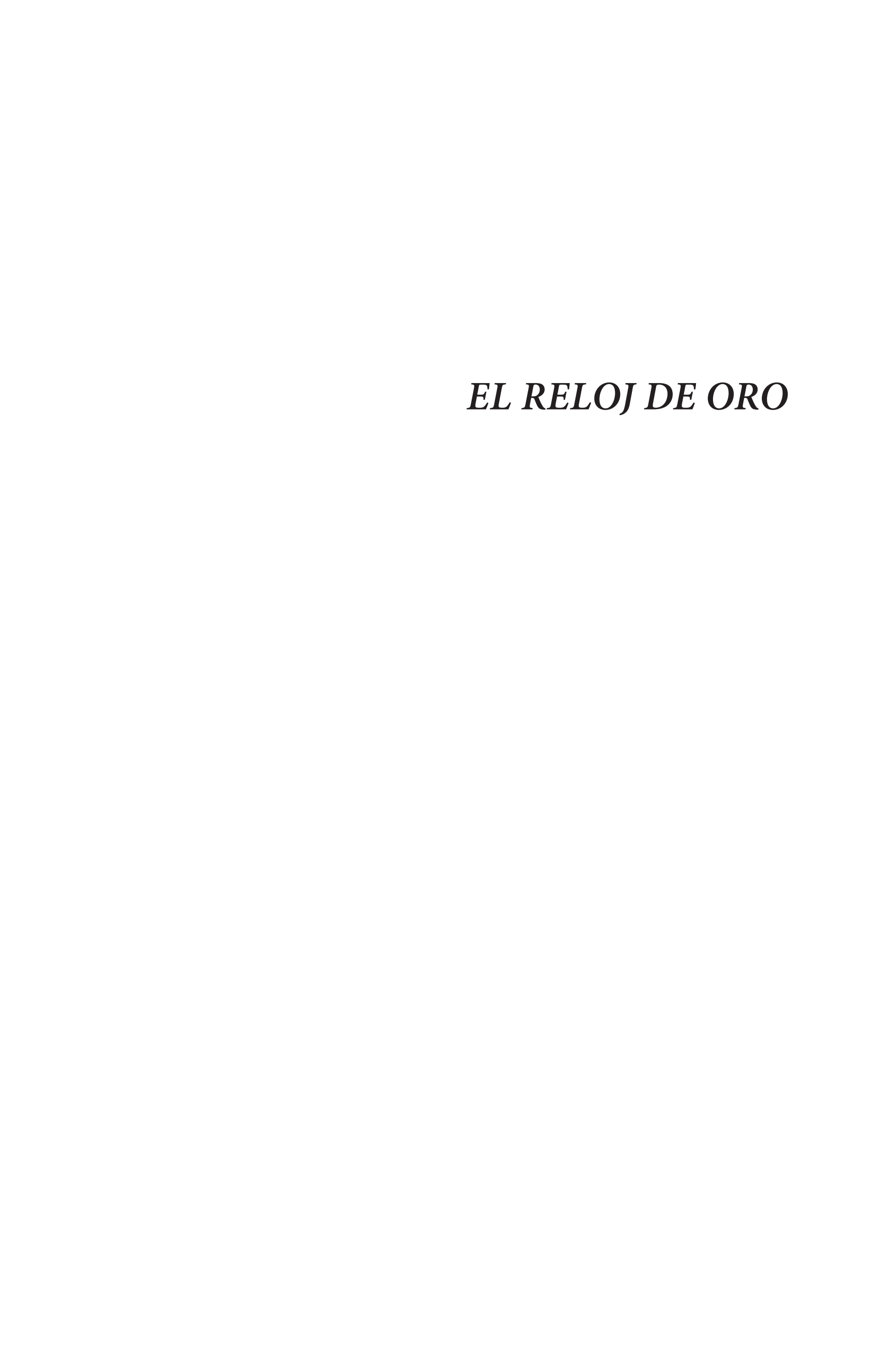
—Seguía mirando el espejo, con la obstinación de un desesperado, contemplando mis propias facciones desvaídas e incompletas, una nubosidad de líneas desarticuladas e informes, cuando me vino la idea... No, no son ustedes capaces de adivinar.

—Vamos, vamos, hable.

—Se me ocurrió vestir el uniforme de alférez. Así lo hice, prenda por prenda. Y, como me hallaba frente al

espejo, alcé los ojos, y... no pueden figurárselo; el vidrio del espejo reflejó ahora la figura íntegra; ni una línea de menos, ni un contorno fuera de sitio; era yo mismo, el alférez, que encontraba al fin el alma exterior. Esa alma que se había marchado con la dueña de casa, que había huido con los esclavos, hela ahí de nuevo, rescatada en el espejo. Imaginen un hombre que, poco a poco, emerge de un letargo, abre los ojos sin ver, recobra después la visión, distingue las personas de los objetos, pero no puede individualizar los unos ni los otros; por fin puede saber que este es fulano y aquel es mengano; aquí hay una silla, allí un sofá. Todo vuelve a ser lo que era antes del sueño. Pues es lo mismo que a mí me sucedió. Miraba el espejo, iba de un lado a otro, retrocedía, gesticulaba, reía, y el espejo lo registraba todo. No era más un autómata, era un ente animado. De ahí en adelante fui otro. Cada día, a cierta hora, me vestía de alférez y me sentaba frente al espejo, leyendo, mirando, meditando; al cabo de dos o tres horas me desvestía otra vez. Con este régimen pude atravesar, sin sentirlos, seis días más de soledad...

Antes de que los otros pudieran reaccionar, el narrador había descendido las escaleras.



EL RELOJ DE ORO

Ahora contaré la historia del reloj de oro. Era un gran cronómetro, perfectamente nuevo, que pendía de una elegante cadena. Luis Negreiros tenía toda la razón para quedarse boquiabierto cuando vio el reloj en casa, un reloj que no era suyo, ni podía ser de su mujer. ¿Sería ilusión de sus ojos? No lo era; allí estaba el reloj, sobre la mesa de la alcoba, mirándolo, tal vez tan espantado como él del lugar y la situación.

Clarinha no estaba en la alcoba cuando Luis Negreiros entró en ella. Se había quedado en la sala, hojeando una novela, sin corresponder mucho ni poco al beso con que el marido la saludó en el momento de su entrada. Era una linda muchacha esta Clarinha, si bien un tanto pálida, o quizás por ello mismo. Era pequeña y delgada; de lejos, parecía una niña; de cerca, quien le mirase los ojos vería bien que era una mujer como pocas. Estaba blandamente reclinada en el sofá, con el libro abierto y los ojos en el libro, los ojos apenas, porque su pensamiento no sé con certeza si estaba en el libro o en alguna otra parte. En todo caso parecía ajena al marido y al reloj.

Luis Negreiros se apoderó del reloj con una expresión que no me atrevo a describir. Ni el reloj ni la cadena eran

suyos; tampoco de alguno de sus conocidos. Se trataba de una charada. Luis Negreiros gustaba de las charadas y tenía fama de descifrarlas hábilmente; pero gustaba de charadas en las revistas y en los periódicos. Charadas palpables o cronométricas y sobre todo sin clave final, no eran del aprecio de Luis Negreiros.

Por este motivo, y otros que son obvios, comprenderá el lector que el esposo de Clarinha se dejara caer en una silla, se mesara con rabia los cabellos, golpeara el suelo con el pie y arrojara sobre la mesa el reloj y la cadena. Terminada esta primera manifestación de furor, Luis Negreiros tomó de nuevo los fatales objetos y de nuevo los examinó. Quedó en las mismas. Cruzó los brazos durante algún tiempo y reflexionó sobre el caso, interrogó todos sus recuerdos y concluyó al fin que, sin una explicación de Clarinha, cualquier actitud sería errada y precipitada.

Fue a hablar con ella.

Clarinha acababa en ese momento de leer una página y pasaba la hoja con el aire indiferente y tranquilo de quien no se ocupa de descifrar charadas de cronómetro. Luis Negreiros la encaró y sus ojos parecían dos relucientes puñales.

—¿Qué tienes? —preguntó la muchacha con esa voz dulce y suave que todo el mundo admiraba en ella.

Luis Negreiros no respondió a la pregunta de su mujer; la miró durante un rato; después dio dos vueltas por la sala, pasándose la mano por los cabellos. Así que la joven le preguntó de nuevo:

—¿Qué tienes?

Luis Negreiros se paró frente a ella.

—¿Qué es esto? —dijo sacando del bolso el fatal reloj y poniéndoselo delante de los ojos—. ¿Qué es esto? —repitió con voz de trueno.

Clarinha se mordió los labios y no respondió. Luis Negreiros permaneció algún tiempo con el reloj en la mano y los ojos en la mujer, la cual tenía los suyos en el libro. El silencio era profundo. Luis Negreiros fue el primero en romperlo, tirando estrepitosamente el reloj contra el suelo, y diciendo enseguida a su esposa:

—¿Vamos, de quién es este reloj?

Clarinha levantó lentamente los ojos hacia él, los bajó después y murmuró:

—No sé.

Luis Negreiros hizo un gesto de agresión; se contuvo. La mujer se levantó, tomó el reloj y lo puso sobre una mesa pequeña. No pudo controlarse Luis Negreiros. Avanzó hacia ella y, asegurándole con fuerza las muñecas, le dijo:

—¿No me responderás, demonio? ¿No me explicarás este enigma?

Clarinha hizo un gesto de dolor, y Luis Negreiros de inmediato le soltó las muñecas ya enrojecidas. En otras circunstancias es probable que Luis Negreiros hubiese caído a sus pies, pidiéndole perdón por haberla maltratado. En aquel momento ni se le pasó por la mente; dejándola en medio de la sala se puso a caminar de nuevo, siempre agitado, deteniéndose de vez en cuando, como si meditara algún suceso trágico.

Clarinha abandonó la sala.

Poco después, un esclavo vino a decir que la mesa estaba servida.

—¿Dónde está la señora?

—No lo sé, señor.

Luis Negreiros fue a buscarla; la encontró en la salita de costura, sentada en una silla baja, sollozando con la cabeza entre las manos. Al escuchar el ruido de la puerta que se cerraba, Clarinha levantó la cabeza, y Luis Negreiros pudo ver su rostro húmedo de lágrimas. Esta situación resultó peor que la de la sala. Luis Negreiros no podía ver llorar a ninguna mujer, en especial a la suya. Iba a enjugarle las lágrimas con un beso, mas reprimió el gesto y avanzó frío hacia ella; aproximando una silla se sentó frente a Clarinha.

—Estoy tranquilo, como ves —dijo—. Respóndeme lo que te pregunté con la franqueza que siempre tuviste conmigo. No te acuso ni sospecho nada de ti. Simplemente quisiera saber cómo fue a parar allí aquel reloj. ¿Acaso tu padre lo olvidó aquí?

—No.

—Pero entonces...

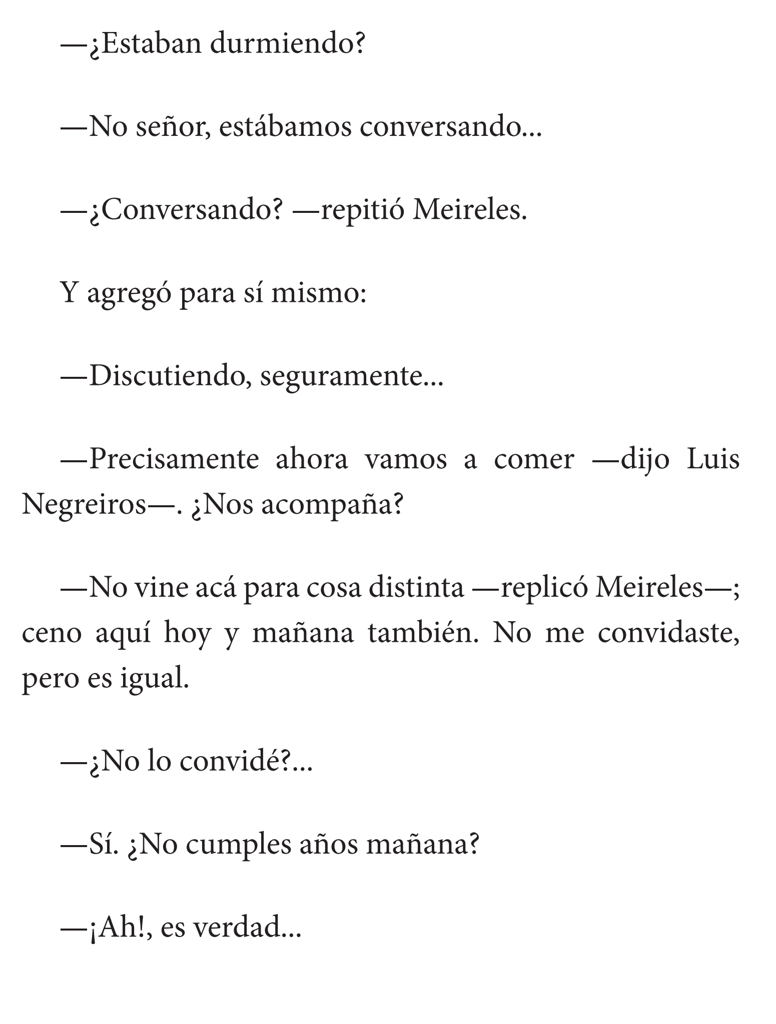
—¡Oh! ¡No me preguntes nada! —exclamó Clarinha—; no sé por qué está aquí ese reloj... no sé de quién es... déjame.

—¡Es demasiado! —bramó Luis Negreiros, levantándose y tirando al suelo la silla.

Clarinha se estremeció y permaneció quieta en su sitio. La situación se tornaba cada vez más grave; Luis Negreiros paseaba más agitado a cada momento, girando los ojos en las órbitas, dando la impresión de que en cualquier instante se arrojaría sobre la infeliz esposa. Esta, con los codos en el regazo y la cabeza entre las manos, tenía los ojos clavados en la pared. Transcurrió cerca de un cuarto de hora. Luis Negreiros se disponía a interrogar de nuevo a su esposa cuando oyó la voz de su suegro, que subía la escalera gritando:

—¡Eh! ¡Luis! ¡Viejo mandarín!

—¡Aquí viene tu padre! —dijo Luis—; me las pagarás luego.



Salió de la sala de costura y fue a recibir a su suegro, que ya estaba en la mitad de la sala, haciendo girar el paraguas con grave riesgo de los jarrones y el candelabro.

—¿Estaban durmiendo?

—No señor, estábamos conversando...

—¿Conversando? —repitió Meireles.

Y agregó para sí mismo:

—Discutiendo, seguramente...

—Precisamente ahora vamos a comer —dijo Luis Negreiros—. ¿Nos acompaña?

—No vine acá para cosa distinta —replicó Meireles—; ceno aquí hoy y mañana también. No me convidaste, pero es igual.

—¿No lo convidé?...

—Sí. ¿No cumples años mañana?

—¡Ah!, es verdad...

No había razón aparente para que, luego de decir estas palabras con un tono lúgubre, Luis Negreiros las repitiese, pero ahora con un tono descomunalmente alegre:

—¡Ah!, ¡es verdad!

Meireles, que ya se dirigía a colgar el sombrero en un perchero del corredor, se volvió espantado hacia el yerno en cuyo rostro leyó la más franca, súbita e inexplicable alegría.

—¡Está loco! —murmuró Meireles.

—Vamos a comer —gritó el yerno, metiéndose por el interior de la casa, mientras que Meireles, siguiendo por el pasillo, iba a dar al comedor.

Luis Negreiros fue en busca de su mujer a la sala de costura y la encontró de pie, arreglándose los cabellos frente a un espejo.

—Gracias —dijo.

La joven lo miró asombrada.

—Gracias —repitió Luis Negreiros—; gracias y perdóname.

Y diciendo esto, trató de abrazarla; pero la joven, con un gesto digno, rechazó el intento del marido y se dirigió al comedor.

—Tiene razón —murmuró Luis Negreiros.

Poco después estaban los tres sentados a la mesa, y fue servida la sopa que a Meireles le supo, como era natural, a hielo. Ya iba a hacer un discurso respecto a la desidia de los criados, cuando Luis Negreiros confesó que todo era culpa suya, porque la cena estaba hacía tiempo en la mesa. La declaración solo consiguió mudar el asunto del discurso, que versó ahora sobre esa terrible que es una cena recalentada —*qui ne valut jamais rien*.

Meireles era un hombre alegre, travieso, acaso demasiado frívolo para su edad, pero, con todo, interesante. Luis Negreiros le tenía mucho afecto y veía correspondido ese cariño de pariente y de amigo, tanto más sincero si se piensa que Meireles solo accedió tarde y de mala gana al matrimonio de su hija. Duró el noviazgo cerca de cuatro años, de los cuales el padre de Clarinha

invirtió más de dos en meditar y resolver el asunto del casamiento. Al final dio su aprobación, y esto, decía él, más por las lágrimas de la hija que por los atributos del yerno.

La causa de tan larga vacilación eran los hábitos poco austeros de Luis Negreiros; no los que mostró durante el noviazgo, sino los que había tenido antes y que bien podría volver a tener después. Meireles confesaba ingenuamente que había sido marido poco ejemplar y juzgaba que por eso mismo debía dar a la hija mejor esposo de lo que él fuera. Luis Negreiros desmintió las aprensiones del suegro; el león impetuoso de antes se transformó en tranquilo cordero. Una amistad franca nació entre suegro y yerno, y Clarinha se convirtió en una de las más envidiadas jóvenes de la ciudad.

Y era mayor el mérito de Luis Negreiros si se piensa que no le faltaban tentaciones. El diablo se metía a veces en la piel de algún amigo, e iba a convidarlo a recordar buenos tiempos. Pero Luis Negreiros respondía que se había retirado a buen puerto y no quería arriesgarse otra vez a las tormentas del alto mar.

Clarinha amaba tiernamente al marido, y era la más dócil y afable criatura que por entonces respirara el aire fluminense. Nunca había existido disgusto entre ellos; la limpidez del cielo conyugal era siempre la misma y parecía mostrarse duradera. ¿Qué mal destino sopló allí la primera nube?

Durante la cena, Clarinha no pronunció palabra —o dijo pocas y, aún así, las más breves y frías.

—Están de riña, no hay duda —pensó Meireles al ver la pertinaz mudez de su hija—. Y la ofendida es solo ella porque él parece estar muy alegre.

Luis Negreiros, en efecto, se deshacía en agrados, mimos y cortesías con su mujer, quien ni siquiera lo miraba de frente. El marido se exasperaba ya con la presencia del suegro, ansioso de estar a solas con la esposa para la reconciliación final. Clarinha no parecía compartir ese deseo, comió poco y dos o tres veces se le escapó del pecho un suspiro.

Ya puede verse que la cena, a pesar de los esfuerzos, no era como la de los otros días. Meireles, sobre todo, se sentía molesto, aunque de ningún modo recelaba

un problema mayor; su opinión era que sin riñas no se aprecia la felicidad, como no se aprecia el buen tiempo sin tempestades. Con todo, las tristezas de la hija siempre conseguían quitarle la tranquilidad.

A la hora del café, Meireles propuso que se fueran los tres al teatro; Luis Negreiros aceptó la idea con entusiasmo. Clarinha rehusó secamente.

—No te entiendo hoy, Clarinha —dijo el padre con impaciencia—. Tu marido está alegre y tú pareces abatida y preocupada. ¿Qué tienes?

Clarinha no respondió; Luis Negreiros, sin saber qué decir, se dedicó a hacer bolitas con las migas del pan. Meireles se encogió de hombros.

—Allá se entiendan ustedes —dijo—. Si mañana, a pesar del día que es, continúan así, les prometo que no han de verme ni la sombra.

—¡Ah, no! Tiene que venir —Empezó a decir Luis Negreiros, pero fue interrumpido por su mujer, quien rompió a llorar.

La cena acabó así, triste y enfurruñada. Meireles pidió una explicación al yerno, y este prometió que se lo contaría todo en mejor ocasión.

Poco después salía el padre de Clarinha insistiendo de nuevo en que, de hallarse al día siguiente en el mismo estado, jamás volvería a aquella casa, y que si existía algo peor que una cena fría o recalentada, era una cena mal digerida. Este axioma valía tanto como el de Boileau, pero nadie le prestó atención.

Clarinha se marchó a su cuarto; el marido, luego de despedir al suegro, fue en su busca. La encontró sentada en la cama, con la cabeza sobre una almohada y sollozando. Luis Negreiros, arrodillándose ante ella, cogió entre las suyas una de sus manos.

—Clarinha —dijo—, perdóname todo. Ya sé la explicación del reloj; si tu padre no me hubiera hablado de venir mañana, no hubiera sido capaz de adivinar que el reloj era tu regalo de cumpleaños.

No me atrevo a describir el soberbio gesto de indignación con que la joven se levantó al oír estas palabras del marido. Luis Negreiros la miró sin comprender nada.

La joven no dijo una sola sílaba; salió del cuarto y dejó al infeliz consorte más confuso que nunca.

—¿Pero qué enigma es este? —se preguntaba a sí mismo Luis Negreiros—. Si no era un regalo de cumpleaños, ¿qué explicación puede tener el tal reloj?

La situación volvía a ser la misma de antes de la cena. Luis Negreiros tomó la resolución de descubrir todo aquella noche. Pensó, sí, que era preciso reflexionar maduramente sobre el caso y hallar una resolución que fuese decisiva. Con este propósito, se recogió en su gabinete y allí repasó todo lo que había pasado desde su regreso a casa. Pesó fríamente todas las razones, todos los incidentes, y buscó reproducir en su memoria las expresiones del rostro de la joven a lo largo de aquella tarde. El gesto de indignación y repulsa cuando él quiso abrazarla en la sala de costura, estaban a favor de ella; pero el ademán con que se mordió los labios en el momento en que él le mostró el reloj, las lágrimas en la mesa, y sobre todo el silencio que mantenía respecto a la procedencia del fatal objeto, todo eso hablaba en contra de la joven.

Luis Negreiros, después de mucho meditar, optó por la más triste y deplorable de las hipótesis. Una idea mala empezó a clavársele en el alma, como un estilete, y tan hondo penetró que se adueñó de él en pocos instantes. Luis Negreiros era hombre colérico cuando la ocasión lo pedía. Profirió dos o tres amenazas, salió del gabinete y fue a enfrentarse con la mujer.

Clarinha se había recogido de nuevo en su cuarto. La puerta estaba sin seguro. Eran las nueve de la noche; una pequeña lamparilla daba luz escasa al aposento. La joven estaba como antes sentada en la cama, pero no lloraba; tenía los ojos fijos en el suelo. No intentó siquiera levantarlos cuando sintió entrar al marido.

Hubo un momento de silencio.

Luis Negreiros fue el primero en hablar.

—Clarinha —dijo—, este es un momento solemne. ¿Me responderás a lo que te pregunto desde esta tarde?

La joven no respondió.

—Piénsalo bien, Clarinha —continuó el marido—, puede estar en riesgo tu propia vida.

La joven se encogió de hombros.

Una nube cruzó por los ojos de Luis Negreiros. El infeliz marido lanzó las manos al cuello de la esposa y rugió:

—¡Responde, demonio, o mueres!

Clarinha soltó un grito.

—¡Espera! —dijo.

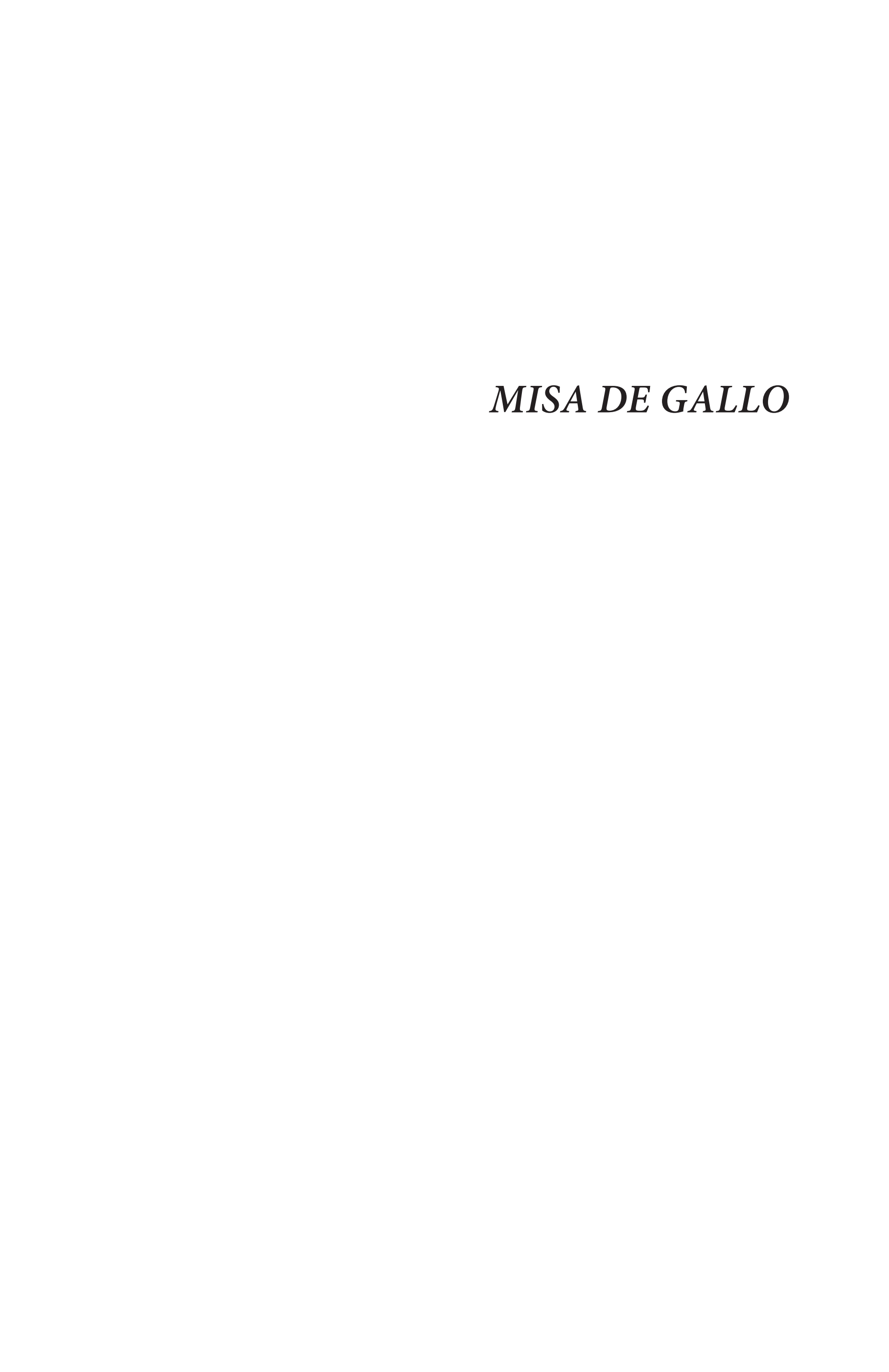
Luis Negreiros retrocedió.

—Mátame —dijo ella—, pero lee esto primero. Cuando esta carta llegó a tu oficina ya tú te habías ido: me lo dijo el mensajero que la trajo.

Luis Negreiros recibió la carta, se acercó a la lamparilla y leyó estupefacto estas líneas:

«Mi bebé. Sé que mañana cumples años; te envío este recuerdo —Tu Zepherina».

Así acabó la historia del reloj de oro.



MISA DE GALLO

Nunca pude entender la conversación que sostuve con una señora, hace muchos años, tenía yo diecisiete; ella, treinta. Era la noche de Navidad. Habiendo convenido con un vecino en ir los dos a la misa de gallo, preferí no dormir; acordamos que yo iría a despertarlo a medianoche.

La casa en que me hallaba hospedado era la del escribano Menezes, quien había estado casado, en primeras nupcias, con una de mis primas. La segunda esposa, Concepción, y su madre me acogieron muy bien cuando vine de Mangaratiba a Río de Janeiro, meses antes, a hacer el curso de ingreso a la universidad. Vivía tranquilo en aquella casa de dos plantas de la calle del Senado con mis libros, pocas relaciones y algunos paseos. La familia era pequeña: el escribano, la mujer, la suegra y dos esclavas. Costumbres a la antigua: a las diez de la noche, todos estaban en sus aposentos; a las diez y media, la casa dormía. Yo nunca había ido al teatro y, más de una vez, oyendo decir a Menezes que se iba al teatro, le pedí que me llevase con él. En tales ocasiones, la suegra hacía una mueca y las esclavas se reían con disimulo; él no respondía, salía y solo volvía a la mañana siguiente. Más tarde supe que el teatro era un eufemismo en acción.

Menezes tenía amores con una señora, separada del marido, y dormía fuera de casa una vez por semana. Concepción había sufrido, al principio, por la existencia de la concubina. Pero al fin se había resignado, se había acostumbrado, y terminó pensando que aquello era una cosa normal.

¡La buena de Concepción! La llamaban «la santa» y hacía honor al título, tan fácilmente soportaba los olvidos del marido. En verdad, era un temperamento moderado, sin extremos, sin muchas lágrimas ni risas. En la época a que ahora me refiero, podría juzgársela mahometana; hubiera aceptado un harén, siempre y cuando se guardaran las apariencias. Dios me perdone si la juzgo mal. Todo en ella era atenuado y pasivo. El mismo rostro era indefinido, ni bonito ni feo. Era lo que solemos llamar una persona simpática. No hablaba mal de nadie, todo lo disculpaba. No sabía odiar; hasta puede ser que no supiese amar.

Aquella noche de Navidad, el escribano fue al teatro. Era allá por los años 1861 o 1862. Yo debía estar ya en Mangaratiba de vacaciones, pero me quedé hasta la Navidad para conocer «la misa de gallo en la corte». La

familia se recogió a la hora de costumbre; yo me instalé en la sala del frente, vestido y listo para salir. De allí pasaría al corredor de la entrada y saldría sin despertar a nadie. Había tres llaves de la puerta de la calle; una estaba en poder del escribano, yo llevaría otra, la tercera quedaría en casa.

—¿Pero, señor Nogueira, qué hará usted durante todo este rato? —preguntó la madre de Concepción.

—Leer, doña Ignacia.

Había llevado una novela, *Los Tres Mosqueteros*, vieja traducción, creo, del *Diario del Comercio*. Me senté frente a la mesa que estaba en el centro de la sala y a la luz de una lámpara de Queroseno, mientras la casa dormía, monté una vez más en el caballo negro de D'Artagnan y partí en pos de aventuras. Al poco tiempo estaba completamente ebrio de Dumas. Los minutos volaban, al contrario de lo que suele pasar cuando son de espera; oí sonar las once, pero casi sin advertirlas. Mientras tanto, un pequeño rumor que provenía de adentro vino a sacarme de la lectura. Eran unos pasos en el pasillo que iba de la sala de visitas al comedor; levanté la cabeza; al momento, vi asomarle a la puerta de la sala la figura de Concepción.

—¿Aún no se ha ido? —preguntó.

—No, aún no; parece que no es todavía medianoche.

—¡Qué paciencia!

Concepción entró en la sala arrastrando sus chinelas. Vestía una levantadora blanca, mal anudada en la cintura. Al ser delgada, tenía un aire de imagen romántica que no desentonaba con mi libro de aventuras. Cerré el libro; ella se sentó en la silla que estaba frente a la mía, cerca del canapé. Como yo le preguntase si la había despertado, sin querer, haciendo ruido, me respondió con rapidez:

—No, de ningún modo; desperté porque sí.

La miré con cierta atención y dudé de lo que me decía. Sus ojos no eran los de una persona que acaba de despertar; más bien parecían los de alguien que aún no ha dormido. Esa observación, sin embargo, que para otro podría ser importante, fue desechada sin dificultad, sin pensar que tal vez fuera yo la causa de su insomnio, y que hubiera mentido para no disgustarme. Ya he dicho que ella era buena, muy buena.

—Pero ya debe ser casi la hora —dije.

—¡Qué paciencia la suya, esperar despierto, mientras el vecino duerme! ¡Y esperar solo! ¿No le dan miedo las almas del otro mundo? Hasta temí que se hubiera asustado cuando me vio.

—Cuando oí los pasos me pareció un poco extraño; pero usted apareció enseguida.

—¿Qué estaba leyendo? No me lo diga, ya me di cuenta; es la novela de los mosqueteros.

—Exactamente: es muy linda.

—¿Le gustan las novelas?

—Mucho.

—¿Ya leyó la *Moreninha*?

—¿Del doctor Macedo? La tengo allá en Mancaratiba.

—A mí me gustan mucho las novelas, pero leo poco por falta de tiempo. ¿Cuáles novelas ha leído?

Comencé a decirle algunos títulos. Concepción me escuchaba con la cabeza reclinada en el espaldar, y los ojos entrecerrados fijos en mí. De vez en cuando se humedecía la boca con la lengua. Cuando terminé de hablar, no dijo nada; así permanecimos algunos segundos. Luego, la vi enderezar la cabeza, cruzar los dedos y apoyar sobre ellos el mentón, con los codos apoyados en los brazos de la silla, todo ello sin desviar de mí los grandes ojos vivaces.

—Tal vez la haya aburrido —pensé.

Y en voz alta:

—Doña Concepción, creo que va siendo hora de irme, y yo...

—No, no, todavía es temprano. Vi hace un momento el reloj; son las once y media. Le queda tiempo. ¿Cuándo usted pasa la noche despierto, es capaz de no dormir al otro día?

—Ya lo he hecho varias veces.

—Yo, no; si me desvelo, al otro día estoy que me caigo y tengo que dormir algo, aunque sea media hora. Pero puede ser porque ya me estoy haciendo vieja.

—¿Cómo vieja, doña Concepción?

Dije esto con tanta efusión que la hice sonreír. Por lo general, ella era de maneras lentas y de actitud tranquila; ahora, sin embargo, se irguió rápidamente, cruzó la sala y dio algunos pasos, entre la ventana del frente y la puerta del gabinete del marido. Así, con el desaliño recatado de sus ropas, me causaba una impresión singular. Aunque delgada, tenía no sé qué cadencia en el andar, como si el cuerpo le pesara; esa característica nunca me pareció tan especial como aquella noche. Se detenía a veces para examinar un trecho de cortina o para corregir la posición de algún objeto en el aparador; finalmente se detuvo frente a mí, al otro lado de la mesa. Era estrecho el círculo de sus ideas; me repitió su asombro de verme esperar despierto; yo repetí lo que ya le había dicho, o sea que no conocía la misa de gallo de la corte y que no quería perdérmela.

—Es igual a la del campo; todas las misas se parecen.

—Sin duda es así, pero aquí habrá de seguro más lujo y más gente también. Fíjese usted, la Semana Santa en la Corte es más bonita que la de los pueblos. Y ni qué decir de San Juan, ni de San Antonio...

Poco a poco había vuelto a sentarse; colocó los codos sobre el mármol de la mesa y apoyó el rostro entre las manos entreabiertas. Al no estar abotonadas, las mangas cayeron naturalmente, y le vi la mitad de los brazos, muy blancos, y menos delgados de lo que podría suponerse. Verlos no era algo nuevo para mí, pero tampoco algo habitual; en aquel momento, no obstante, la impresión que recibí fue grande. Las venas eran tan azules que a pesar de la penumbra podía contarlas desde donde me hallaba. La presencia de Concepción me hacía sentir más despierto que la lectura del libro. Seguí hablándole de lo que pensaba acerca de las fiestas del campo y la ciudad, y de cualquier cosa que se me iba ocurriendo. Cambiaba de un tema a otro, sin saber por qué, haciendo variaciones o volviendo a los primeros, y riendo para hacerla sonreír y poderle ver los dientes, que relucían de blancos, muy parejos. Sus ojos no eran del todo negros, pero sí obscuros; la nariz fina y larga, un poquito curva,

daba a su rostro un aire de interrogación. Cuando yo alzaba la voz más de la cuenta, ella me reprendía:

—¡Más bajo! Mamá puede despertarse.

Y no abandonaba aquella posición, que me llenaba de agrado, tan cerca estaban nuestras caras. Realmente, no era preciso hablar alto para ser escuchado; susurrábamos los dos, yo más que ella, porque era yo el que más hablaba; ella, a veces, se quedaba seria, muy seria, con la frente un poco fruncida. Finalmente se cansó; cambió de posición y de lugar. Rodeando la mesa, vino a sentarse a mi lado, en el canapé. Me di la vuelta y pude ver, de soslayo, la punta de sus chinelas, pero fue solo durante el instante que ella gastó en sentarse; la bata era larga y las cubrió enseguida. Recuerdo que eran negras. Concepción dijo en voz muy baja:

—Mamá duerme lejos, pero tiene el sueño muy liviano; si se despertara ahora, la pobre, le costaría mucho volver a dormirse.

—A mí me pasa lo mismo.

—¿Qué dice? —preguntó ella inclinando su cuerpo para oír mejor.

Fui a sentarme en la silla que estaba al lado del canapé y repetí la frase. Se rio de la coincidencia; también ella tenía el sueño liviano; éramos tres sueños livianos.

—Hay veces que me pasa lo mismo que a mamá: despierto y me cuesta dormir otra vez, doy vueltas en la cama, me levanto, enciendo una vela, camino, vuelvo a acostarme, y nada.

—Fue lo que le pasó hoy.

—No, no —Me atajó ella.

No entendí la negativa; quizá tampoco ella la entendiese. Tomó los extremos del cinto de su bata y se golpeó con ellos las rodillas, es decir, la rodilla derecha, porque acababa de cruzar las piernas. Después me contó una historia de sueños y me aseguró que solo había tenido una pesadilla en toda su vida, cuando era niña. Quiso saber si yo las tenía. La conversación siguió así, lentamente, largamente, sin que yo me acordase de la hora ni de la misa. Cuando yo terminaba una narración

o una explicación, ella inventaba otra pregunta u otro tema, y yo volvía a tomar la palabra. De vez en cuando me reprendía:

—Más bajo, más bajo...

Hubo también algunas pausas. Dos o tres veces me pareció que la veía dormir; pero los ojos, cerrados por un instante, se abrían en seguida, sin sueño ni fatiga, como si apenas los hubiese cerrado para ver mejor. En una de esas veces creo que me sorprendió absorto en su persona y recuerdo que volvió a cerrarlos, no sé si de prisa o lentamente. Hay impresiones de esa noche que se me aparecen truncadas o confusas. Me contradigo, me enredo. Una de las que aún tengo frescas es que, en cierto momento, ella, que era apenas simpática, se volvió linda, se volvió lindísima. Estaba de pie con los brazos cruzados; yo, por respeto, quise levantarme; ella no me lo permitió, puso una de sus manos en mi hombro y me obligó a permanecer sentado. Pensé que iba a decir algo, pero se estremeció, como si sintiese una corriente de frío, se volvió de espaldas y fue a sentarse en la silla donde me había encontrado leyendo. Desde allí dejó vagar la mirada por el espejo que estaba encima del canapé y me habló de dos grabados que colgaban de la pared.

—Estos cuadros se están poniendo viejos. Ya le pedí a Chiquinho que compre otros. Chiquinho era el marido. Los cuadros reflejaban el interés primordial de su dueño. Uno representaba a Cleopatra; no recuerdo el tema del otro, pero era también un cromo con mujeres. Vulgares ambos, pero en aquella época no me parecían feos.

—Son bonitos —dije.

—Bonitos son, pero están en mal estado. Y además, francamente, yo preferiría dos imágenes, dos santos. Estos están más apropiados para un cuarto de muchacho o una barbería.

—¿Barbería? No creo que usted haya estado en ninguna...

—Pero me imagino que los clientes, mientras esperan, hablan de muchachas y de noviazgos, y naturalmente el dueño del local les alegra la vista con figuras bonitas. En cambio, para una casa de familia no me parecen apropiadas. Por lo menos es mi opinión; pero yo pienso muchas cosas, así, un poquito raras. Sea como sea, no me gustan esos cuadros. Yo tengo una Nuestra Señora de la Concepción, mi madrina, muy bonita; pero es una

estatua, no se puede colgar en la pared, ni yo lo desearía. Está en mi oratorio.

La idea del oratorio me trajo la de la misa, me hizo acordar que podía ser tarde, y quise decirlo. Creo que llegué a abrir la boca, pero volví a cerrarla para oír lo que ella contaba, con dulzura, con gracia, con tal suavidad que llenaba mi alma de pereza y me hacía olvidar la misa y la iglesia. Hablaba de sus devociones de niñez y juventud. Luego refirió unas anécdotas de bailes, unas historias de paseos, reminiscencias de Paquetá, todo mezclado, casi sin interrupción. Cuando se cansó del pasado, habló del presente, de los asuntos de la casa, de las fatigas del trabajo hogareño, que le habían asegurado antes de casarse que eran muchas, pero que no eran nada. No me contó, pero yo sabía que se había casado a los veintisiete años.

Ahora ya no cambiaba de sitio, como al principio, y casi no cambiaba de posición. No se le cerraban ya los ojos, y se puso a mirar distraídamente las paredes.

—Necesitamos cambiar el empapelado de la sala —dijo al cabo, como si hablase consigo misma.

Asentí, por decir algo, para salir de esa especie de sueño magnético, o lo que quiera que sea que me paralizaba la lengua y los sentidos. Quería y no quería terminar la conversación; hacía esfuerzos para apartar los ojos de ella, y los apartaba por un sentimiento de respeto; pero la idea de que pudiera parecer cansancio o aburrimiento, cuando no era así, me llevaba a fijar otra vez mis ojos en Concepción. El diálogo iba muriendo. En la calle el silencio era total.

Nos quedamos algún tiempo —no puedo decir cuánto— absolutamente callados. El único rumor que se oía era un roer de ratón en el gabinete que me hizo despertar de aquella especie de letargo; quise mencionarlo, pero no hallé modo. Concepción parecía sumida en meditaciones. Súbitamente, oí un golpe en la ventana, desde el lado de afuera, y una voz que gritaba: «¡Misa de gallo!», «¡Misa de gallo!».

—Ahí está su compañero —dijo ella, levantándose—. Qué gracioso: usted había quedado en ir a despertarlo, y es él quien llega a despertarlo a usted. Salga, que ya debe ser la hora; adiós.

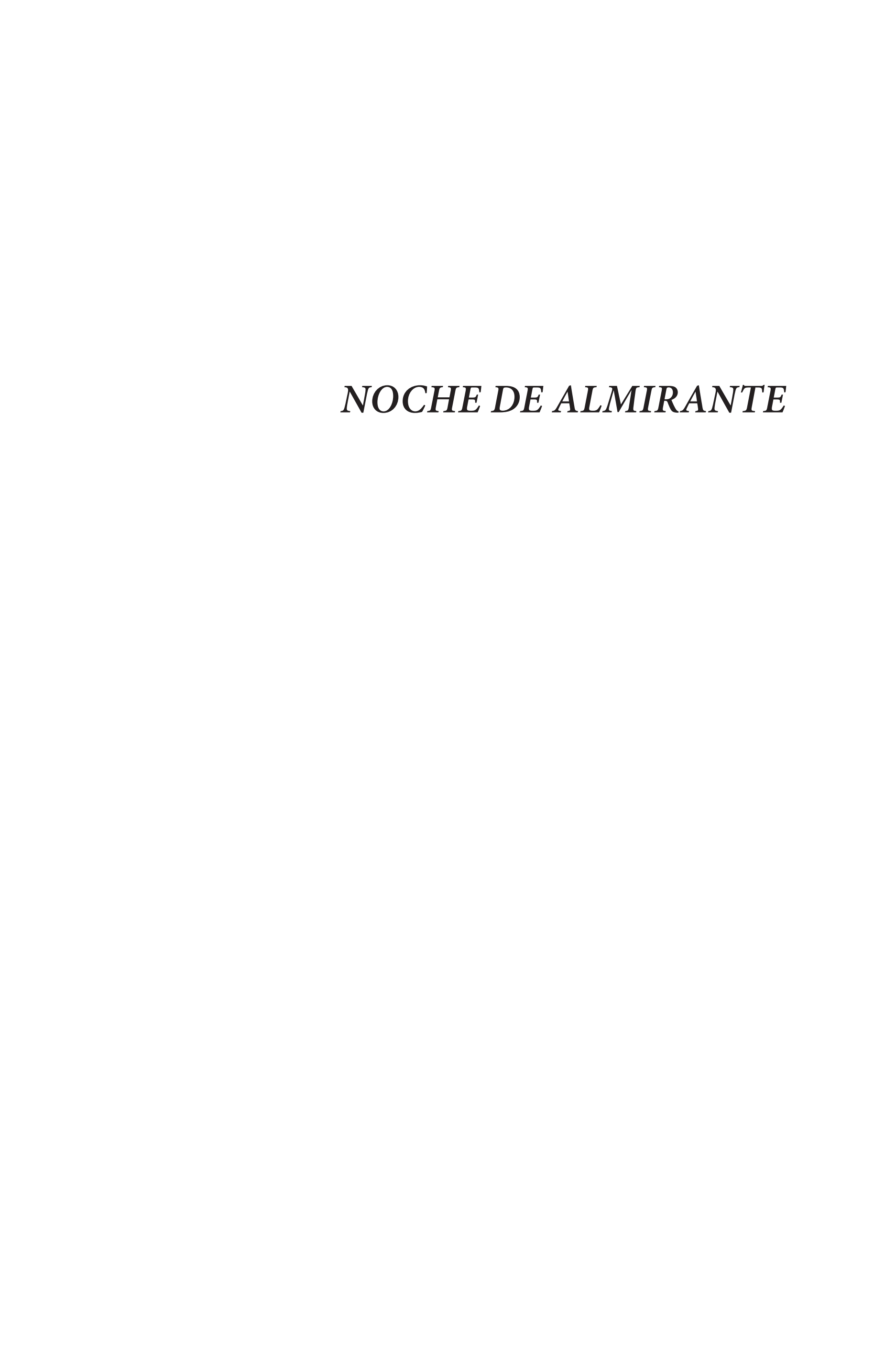
—¿Ya será hora? —pregunté.

—Naturalmente.

—¡Misa de gallo! —repitieron afuera, golpeando.

—Vaya, vaya, no lo haga esperar. La culpa fue mía. Adiós; hasta mañana.

Y con el mismo vaivén al caminar, Concepción enfiló por el pasillo, pisando con suavidad. Salí a la calle y encontré al vecino que esperaba. Nos dirigimos a la iglesia. Durante la misa, la figura de Concepción se interpuso más de una vez entre el cura y yo; cárguese esto a la cuenta de mis diecisiete años. Al día siguiente, en el almuerzo, hablé de la misa de gallo y de la gente que estaba en la iglesia sin despertar la curiosidad de Concepción. Durante el día, la encontré como siempre, natural, benigna, sin nada que hiciese recordar la conversación de la víspera. Por Año Nuevo viajé a Mangaratiba. Cuando regresé a Río de Janeiro, en marzo, el escribano había muerto de apoplejía. Concepción vivía en Engenho Novo, pero nunca la visité ni me encontré con ella. Más tarde oí que se había casado con el escribiente juramentado del marido.



NOCHE DE ALMIRANTE

Deolindo Viento Grande (era un apodo de a bordo) salió del Arsenal de Marina y se enrumbó por la calle de Braganza. Daban las tres de la tarde, y en ese momento Deolindo irradiaba un aire de felicidad. Su corbeta había regresado de un largo viaje de instrucción, y Deolindo bajó a tierra tan pronto como obtuvo la licencia. Los compañeros le decían, riendo:

—¡Ah! ¡Viento Grande! ¡Qué noche de almirante vas a pasar! Comida, música y los brazos de Genoveva. Aquel cuello de Genoveva...

Deolindo sonrió. Así era, en efecto, una noche de almirante como ellos decían, una de esas noches de almirante que lo esperaba en tierra. La pasión había comenzado tres meses antes de zarpar. Se llamaba Genoveva, mulatilla de veinte años, pícara, ojos negros y atrevidos. Se conocieron en casa de un tercero y quedaron prendados uno del otro a tal punto que estuvieron próximos a cometer una locura: él dejaría el servicio y se iría con ella al pueblo más recóndito del interior.

La vieja Ignacia, que vivía con ella, logró disuadirlos; Deolindo no tuvo más remedio que embarcarse en el viaje de instrucción. Eran ocho o diez meses de ausencia.

Como prenda recíproca, decidieron hacer un juramento de fidelidad.

—Juro por Dios que está en el cielo. ¿Y tú?

—Yo también.

—Dilo.

—Juro por Dios que está en el cielo; o que me falte la luz en la hora de la muerte.

Quedaba sellado el pacto. No podía dudarse de la sinceridad de ambos; ella lloraba amargamente, él se mordía los labios para disimular la pena. Al final se separaron, Genoveva asistió a la salida de la Corbeta y volvió a su casa con tal angustia en el corazón que parecía que «le iba a dar algo». Nada le dio, felizmente; los días fueron pasando, las semanas, los meses; diez meses, al cabo de los cuales la corbeta regresó y Deolindo con ella.

Y ahí va él ahora, por la calle Braganza, Praiña y Saúde, hasta el comienzo de la Gamboa, donde vive Genoveva. La casa es una fachadita obscura, agrietada por el sol,

pasando el cementerio de los ingleses; allí debe estar Genoveva, asomada a la ventana, esperándolo.

Deolindo piensa lo que va a decirle. Tiene lista una frase: «juré y cumplí», pero busca una mejor. Al mismo tiempo recuerda las mujeres que vio por esos mundos de Cristo, italianas, marsellesas, turcas, muchas de ellas bonitas, o que al menos a él se lo parecían. Reconoce que no todas le hubieran hecho caso, pero sí algunas, y ni aun por eso se interesó en ellas. Solo pensaba en Genoveva. Ante los palacios de otras tierras, lo que se le venía al recuerdo era la casita de ella, tan pequeñita, con sus muebles de patas rotas todo viejo y escaso. A costa de muchos ahorros, compró en Trieste un par de aretes, que lleva ahora en el bolso, con algunas chucherías. Y ella, ¿qué le tendría? Tal vez un pañuelo marcado con su nombre y un ancla en una esquina, porque sabía bordar muy bien. En estas llegó a la Gamboa, pasó el cementerio y encontró la casa cerrada. Golpeó la puerta; le respondió una voz conocida, la de la vieja Ignacia, que vino a abrirle la puerta con grandes exclamaciones de placer. Deolindo, impaciente, preguntó por Genoveva.

—No me hable de esa loca —atajó la vieja—. Bien satisfecha quedó con el consejo que le di. Qué tal que se

hubiera fugado usted con ella. Lo hubiera hecho quedar como un imbécil.

—Pero ¿qué pasó?, ¿qué pasó?

La vieja le dijo que se calmara, que no era nada, cosas de esas que pasan en la vida; no valía la pena amargarse. Genoveva andaba chiflada de la cabeza.

—¿Por qué chiflada?

—Está con un ventero ambulante, José Diogo. ¿Conoce a José Diogo, vendedor de telas? Está con él. No se imagina el apasionamiento de los dos. Ella está medio enloquecida. Por ese motivo nos peleamos. José Diogo no salía de esta puerta; no paraban de conversar, hasta que un día les dije que no quería ver mi casa difamada. ¡Ah! ¡Padre mío del cielo! ¡El día del juicio final! Genoveva me abrió unos ojos de este tamaño, diciéndome que nunca difamó a nadie y que no precisaba de limosnas. ¿Qué limosnas, Genoveva? Lo que yo digo es que no quiero esos cuchicheos en la puerta, desde el Ave María... Dos días después se mudó, furiosa conmigo.

—¿Dónde está viviendo?

—En Playa Formosa, antes de llegar a la cantera, en una casa de puertas recién pintadas.

Deolindo no quiso oír más. La vieja Ignacia, un tanto arrepentida, todavía alcanzó a aconsejarle prudencia, pero él ya se marchaba, sin escucharla. Omito anotar lo que pensó durante el camino; no pensó nada. Las ideas se le arremolinaban en el cerebro, como en hora de temporal, en medio de una confusión de vientos y silbatos. Entre ellas rutilaba el cuchillo de a bordo, ensangrentado y vengador. Había pasado Gamboa, el Recodo de Alferes; entró en playa Formosa. No sabía el número de la casa, pero era cerca de la cantera, recién pintada, y podría encontrarla con la ayuda de los vecinos. No contó con el azar, que hizo sentar a Genoveva junto a la ventana, a coser, en el instante en que Deolindo pasaba por el frente. La reconoció y se detuvo; ella, notando la presencia de un hombre, alzó los ojos y se encontró con el marino.

—¿Cómo es esto? —exclamó sorprendida—. ¿Cuándo llegaste? Entra.

Y, levantándose, abrió la puerta y lo hizo pasar. Cualquier otro hombre se hubiera sentido lleno de

esperanza, tan franca era la actitud de la muchacha; quizá la vieja se había equivocado o había mentido; podía ser incluso que el asunto con el ventero fuera cosa ya terminada. Todo esto se le pasó por la mente, no en forma de un raciocinio preciso o reflexivo, sino en rápido tropel. Genoveva dejó la puerta abierta, lo hizo sentarse, le pidió noticias del viaje y lo encontró más gordo; ninguna emoción, ninguna intimidad. Deolindo sintió perder la última esperanza. A falta de un puñal, le bastarían las manos para estrangular a Genoveva, que era menudita, y durante los primeros minutos no pensó en otra cosa.

—Lo sé todo.

—¿Quién te lo contó?

Deolindo se encogió de hombros.

—Fuera quien fuera —prosiguió ella—, ¿te dijeron que hay un muchacho que me gusta mucho?

—Eso me dijeron.

—Pues es verdad.

Deolindo sintió un impulso violento; ella lo detuvo con la sola mirada. Luego le dijo que, si le había abierto la puerta, era porque lo había considerado siempre un hombre sensato. Después le contó todo: las nostalgias que había sufrido, los requiebros del vendedor, el rechazo de ella; hasta que un día, sin saber cómo, amaneció sintiendo que lo amaba.

—Puedes creerme que pensé mucho, mucho en ti. Que te cuente doña Ignacia todo lo que lloré... pero mi corazón cambió... cambió... te cuento todo esto como si estuviera delante del confesor —concluyó sonriendo.

No sonreía con burla, pero el tono de sus palabras era una mezcla de candor y cinismo, de insolencia y sencillez que desisto de definir mejor; hasta me atrevo a decir que insolencia y cinismo no son términos apropiados. Genoveva no se defendía de haber cometido error o perjurio; no se defendía de nada; carecía del sentido moral de sus actos. Lo que decía, en resumen, es que hubiera sido mejor no haber cambiado, fue feliz con el amor de Deolindo, la prueba está en que hasta quiso huir con él; pero desde el momento en que el ventero triunfó sobre el marino, la razón estaba de parte del ventero y así había

que decirlo. ¿Qué te parece? El pobre marinero citaba el juramento de despedida, como una obligación eterna ante la cual había consentido en no huir y embarcarse: «Juro por el Dios que está en el cielo; y que si miento, la luz me falte en la hora de la muerte». Si se embarcó fue por confiar en lo que ella le había jurado. Fueron esas palabras las que lo sostuvieron mientras anduvo, viajó, esperó y recesó; ellas fueron las que le dieron fuerza para vivir. *Juro por Dios que está en el cielo; y que si miento, la luz me falte en la hora de la muerte...*

—Pero sí, Deolindo, era verdad. Cuando juré era verdad. Tan verdad que yo quería huir contigo al sertón. ¡Dios sabe bien que era verdad! Pero otras cosas llegaron... Apareció este muchacho y a mí me empezó a gustar...

—Pero si uno jura es para eso; para que ya no le guste nadie más...

—Deja ya eso, Deolindo. ¿Ahora vas a decirme que solo pensaste en mí? Déjate de cosas...

—¿A qué hora vuelve José Diogo?

—No vuelve hoy.

—¿No?

—No vuelve; anda por los lados de Guaratiba con la mercancía; debe estar regresando el viernes o el sábado... ¿Y por qué lo quieres saber? ¿Qué mal te ha hecho él?

Quizá cualquier otra mujer hubiese dicho las mismas frases; pocas les darían una expresión tan cándida, no por una intención deliberada, sino sin proponérselo. Miren qué cerca estamos aquí de la naturaleza. ¿Qué mal te ha hecho? ¿Qué mal te desea esta piedra que cae de lo alto? Cualquier maestro de física te explicaría la caída de las piedras. Deolindo declaró, con un gesto de desespero, que quería matarlo. Genoveva lo miró con desprecio, esbozó una sonrisa e hizo un ademán de desdén; y, recordando sus reproches de ingratitud y perjurio, no pudo disimular su asombro. ¿Qué perjurio? ¿Qué ingratitud? Ya le había dicho y le repetía que cuando juró era verdad. Nuestra Señora, que allí estaba, encima de la cómoda, sabía si era o no verdad. ¿Era así como le pagaba todo lo que sufrió?, y él, que tanto alarde hacía de fidelidad, ¿se había acordado de ella mientras viajaba por el mundo?

La respuesta de él fue llevarse la mano al bolsillo y sacar el paquete que le traía. Ella lo abrió, retiró las

chucherías, una por una, hasta que se topó al fin con los aretes. No eran ni podían ser lujosos; eran incluso de mal gusto, pero tenían en todo caso una apariencia rutilante. Genoveva los tomó, contenta, deslumbrada, los miró por todos lados, de lejos y de cerca, y finalmente se los colocó en las orejas; después fue hasta el espejo redondo, colgado en la pared, entre la ventana y la puerta, para ver cómo le quedaban. Retrocedió, se acercó, volteó la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha.

—Sí, señor, muy lindos —dijo, haciendo una gran reverencia de agradecimiento—. ¿Dónde los compraste?

Creo que él no respondió nada, ni hubiera tenido tiempo para hacerlo, porque ella le siguió haciendo preguntas, una tras otra, tan confusa se sentía por recibir un cariño a cambio de un olvido. Confusión de cinco o cuatro minutos; tal vez de dos. No tardó en quitarse los aretes, contemplarlos y ponerlos en su cajita encima de la mesa redonda que estaba en medio de la sala. Él, por su parte, empezó a creer que, así como la perdió estando ausente, así también el otro, ausente, podía perderla; y, de seguro, a ese ella nada le había prometido.

—Charlando, charlando, se hizo de noche —dijo Genoveva.

En efecto, la noche iba cayendo rápidamente. Ya no alcanzaban a ver el hospital de los lázaros y a duras penas distinguían la Isla de los Melones; hasta las lanchas y canoas, varadas en tierra frente a la casa, se confundían con la arena y el limo de la playa. Genoveva encendió una vela. Después fue a sentarse en el umbral de la puerta y le pidió que le contara cosas de las tierras que había visitado. Deolindo rehusó al principio; dijo que se marchaba, se puso de pie y dio algunos pasos por la sala. Pero el demonio de la esperanza mordía y babeaba en el corazón del pobre hombre, y volvió a sentarse para contarle dos o tres anécdotas de a bordo. Genoveva escuchaba con atención. Interrumpidos por una vecina que llegó, Genoveva la invitó a sentarse también para oír «las historias bonitas que el señor Deolindo estaba contando». No hubo más presentación. La gran dama que prolonga su vigilia, para concluir la lectura de un libro o de un capítulo, no vive tan íntimamente la vida de los personajes como vivía la examante del marino las escenas que él le iba contando; tan libremente interesada y atenta como si entre ambos no hubiese cosa distinta a

una narración de episodios. ¿Qué le importa a la gran dama el autor del libro? ¿Qué le importa a la muchacha el contador de episodios?

La esperanza, sin embargo, empezaba a abandonarlo, y él se levantó para irse de una vez. Genoveva no quiso dejarlo ir antes de que la amiga viera los aretes, y fue a buscarlos con grandes elogios. La otra quedó encantada, los alabó mucho, preguntó si los había comprado en Francia y le pidió a Genoveva que se los pusiese.

—Realmente son muy lindos.

Quiero creer que el mismo marinero estuvo de acuerdo con esa opinión. Le gustó verlos, pensó que estaban hechos para ella, y, durante algunos segundos, saboreó el placer exclusivo y fino de haber hecho un buen regalo; pero fueron solo algunos segundos.

Como al fin se despidiera, Genoveva lo acompañó hasta la puerta para agradecerle una vez más la amabilidad y para decirle algunas cosas tiernas e inútiles. Su amiga, que se había quedado en la sala, apenas alcanzó a oírle esta frase: «Déjate de esas cosas Deolindo»; y esta otra

del marino: «Ya vas a ver». No pudo oír el resto, que no pasó de un susurro.

Deolindo tomó camino por la playa, cabizbajo y lento, ya no el joven impetuoso de por la tarde, sino con un aire viejo y triste, o, para usar otra metáfora de marineros, como un hombre «que ya va de regreso a tierra». Genoveva volvió a entrar a la casa, alegre y bulliciosa.

Contó a la otra la historia de sus amores marítimos, alabó mucho el temperamento de Deolindo y sus lindos modales; la amiga afirmó que le había parecido muy simpático.

—Muy buen muchacho —insistió Genoveva—. ¿Sabes lo que me dijo hace un momento?

—¿Qué?

—Que se va a matar.

—¡Jesús!

—¡Qué va! No se mata, no. Deolindo es siempre así; dice las cosas, pero no las hace. Vas a ver que no se mata. Pobre, son los celos. Pero los aretes son muy bonitos.

—Nunca vi por aquí ningunos parecidos.

—Ni yo —aceptó Genoveva, examinándolos a la luz. Después los guardó y convidó a la otra a coser—. Vamos a coser un rato, quiero terminar mi corpiño azul...

La verdad es que el marinero no se mató. Al día siguiente algunos compañeros le palmearon el hombro, felicitándole por la noche de almirante, y le preguntaron por Genoveva, si estaba más bonita, si había llorado mucho su ausencia, etcétera. Él respondía a todo con una sonrisa satisfecha y discreta, la sonrisa de alguien que vivió una gran noche. Parece que tuvo vergüenza de la realidad y prefirió mentir.

“Antes de que los otros pudieran reaccionar, el narrador había descendido las escaleras...

Colección
Lima Lee

